

ARISTOTLE, DE ANIMA, edited with introduction and commentary by SIR DAVID ROSS, Oxford, Clarendon Press, 1961, 338 pp.

La importancia de las contribuciones de Sir W. D. Ross al estudio de Aristóteles es algo universalmente reconocido. Conviene, empero, precisar el carácter de esos trabajos para apreciar mejor su lugar dentro de la totalidad de los estudios aristotélicos.

La edición del *De Anima* que se propone examinar esta nota permite hacer algunas observaciones en este sentido. Esta continúa, en efecto, la serie de excelentes ediciones iniciada con la *Metafísica* (Oxford, 1924), proseguida luego con la *Física* (1936) y los *Analíticos* (1949). En ellas Ross establece a partir de la mejor tradición de manuscritos, utilizando los comentaristas griegos y lo logrado por la crítica moderna, un texto que en cada caso representa un avance decisivo frente al establecido por I. Bekker en la edición de la Academia de Ciencias Prusiana (Berlín, 1931). Esta última, como es sabido, constituye el punto de partida de toda la investigación moderna de Aristóteles. El texto va precedido en las ediciones de Ross por una introducción que expone la doctrina de cada tratado y señala fuentes y principios para el establecimiento del texto. A éste sigue un comentario casi línea a línea donde se explican las dificultades gramaticales o especulativas, se justifica alguna conjetura o simplemente se analiza la marcha de un argumento. Las ediciones rematan con un Index Verborum que suele prestar buenos servicios al lector.

Nuestra edición del *De Anima* no sólo se incorpora a esta serie sino que va precedida por la edición sin comentario de este escrito que preparó Ross para la Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis en 1956. El texto de ambas ediciones casi no difiere y, sin embargo, con la diligencia que le es habitual, Ross en el lapso de unos pocos años revisa minuciosamente su aparato crítico, lo amplía considerablemente para dar cuenta más rigurosamente de las vicisitudes de la tradición, modifica uno de sus consensus codicum y agrega un tercero.

Ahora bien, al examinar el establecimiento del texto mismo de la edición comentada aparecen ya los méritos y los límites del gran filólogo británico.

El recurso a los comentaristas griegos le permite seguir a editores anteriores en 12 pasajes en que aquéllos proponen un texto satisfactorio contra los manuscritos y proponer 16 nuevas lecturas aparentemente no adoptadas hasta el momento (cf., p. 6-7).

Por procedimiento conjetural llega Ross en segundo lugar a soluciones propias e ingeniosas (véase, p. ej., el aparato crítico en 403 a 15, 431 b 10) o, simplemente, a una mejor conformación gramatical (p. ej., 430 a 1). Las dificultades comienzan cuando las conjeturas (y los comentarios, como veremos en seguida) tocan problemas que de algún modo son decisivos para la filosofía misma. El caso que mejor ilustra lo afirmado aparece en 429 b 9. Ross siguiendo una conjetura de Bywater lee καὶ αὐτὸς (= ó

νοῦς) δι'αυτοῦ τότε δύναται νοεῖν. Esto implica que el nous está entonces en condiciones de autoactivarse, algo que ha sido afirmado dos líneas antes (429 b 7) y que en consecuencia nada agrega. Los códices en cambio con Simplicio, Temistio y Filópono leen καὶ αὐτὸς δὲ αὐτὸς κτλ.

Esto implica que tanto los manuscritos como los comentaristas antiguos apuntan a lo que la traducción posterior del aristotelismo llamó la "reditio completa ad se ipsum", el autocomprenderse del intelecto que sólo puede realizarse por la presencia en él de lo inteligible. La lectura de Ross borra en consecuencia de nuestro texto una idea central de la metafísica clásica, la idea de la salida o alienación del espíritu para luego volver sobre sí y constituir de este modo la actividad con máximo sentido: el estar-cabe-sí de la θεωρία y de la νοήσεως νόησις.

Mayor extrañeza que el caso de la conjetura mencionada despierta la interpretación del nous que ofrece Ross en la introducción (pp. 45-47). Punto de partida de ella es una afirmación de Aristóteles que Ross traduce literalmente: "The nous poietikós is said to exist by making all things, and the nous pathetikós by becoming all things" (430 a 14-15). Como indica Aristóteles en las líneas que siguen a este texto el "hacer" en cuestión es la experiencia de la iluminación (importante punto que reconoce también Ross, p. 45) y decisivo en ella es su extensión a *todo*. Esta abertura del nous a la totalidad de los entes ha quedado ya claramente establecida en 429 a 18 y al recapitular Aristóteles su concepción de la facultad intelectual del hombre nos dice que el alma es en cierto modo *todos los entes* (431 b 21).

Ahora bien, ante un punto tan crucial y tantas veces meditado por la mejor tradición aristotélica, Ross agrega: "These statements are not to be taken in their literal sense; for there are obviously (sic!) many things that no element in the human soul could make, and many things that no such element could become".

Esta afirmación no recibe ulterior fundamentación y tampoco puede recibirla, pues cualquier objeto que se tomara como ejemplo de algo que no puede ser aprehendido por el intelecto sería al menos aprehendido por aquel que lo propone como ejemplo. Pero más grave aún es que con ello queda vedado el acceso a la Metafísica aristotélica. La afirmación de Ross niega el supuesto fundamental de ésta, a saber que hay una identidad última entre ser, lo que reúne la totalidad de los entes, y pensar. Sólo desde este supuesto cobra sentido el paradójal proceder de Aristóteles en ese y otros escritos. Para averiguar qué es lo propiamente ente, lo más real de lo real, comienza no por un análisis de la "realidad" sino por un examen del lenguaje (véanse p. ej. los comienzos de cada capítulo en el libro Δ y luego el libro Ζ en su totalidad).

En el *De Anima* Ross, consecuente con su concepción, se ve obligado a proponer una curiosa interpretación del intelecto activo (p. 47 "the faculty by which we 1. form general conceptions, 2. grasp universal truths, and 3. from two universal truths infer a third") que difícilmente da cuenta de su carácter de separado y esencialmente en acto (430 a 15 sqq.),

interpretación que en definitiva lo lleva a negar el sentido de todo el capítulo 5º del libro III: indicar la diferencia que impera entre algo que es activador de todo pensar y algo que gracias a esa actividad última es capaz de pensar. Ross concluye en efecto: "passive reason is called passive not because it is itself passive... but because it depends on sense perception" (p. 47).

Se ha discutido con minuciosidad una interpretación pudiendo tomarse también otras. La razón para ello es que se trata no sólo de una cuestión fundamental sino de un caso que muestra con cierta claridad los límites de los trabajos del profesor de Oxford: en lo referente al texto prestan enormes servicios y constituyen un avance decisivo de la ciencia filológica; en las interpretaciones en cambio, especialmente cuando hay implicado un problema filosófico importante, suelen producir cierta decepción. Para una comprensión cabal de Aristóteles las contribuciones de Sir W. D. Ross son sin duda absolutamente necesarias, pero de ningún modo suficientes.

ALFONSO GÓMEZ-LOBO M.

MARCOS A. MORÍNIGO: DICCIONARIO MANUAL DE AMERICANISMOS. Dirección, textos, prólogo y bibliografía de... Buenos Aires, Muchnik Editores y Seix Barral, 1966. 738 pp.

El lingüista profesional elude por norma la tarea de confeccionar diccionarios de la lengua usual; son tantos y de tal gravedad los reparos teóricos que se le ofrecen delante, que cuando se decide a abordarlos para darles soluciones que se concreten en normas de operación, ellas resultan corrientemente impracticables por lo onerosas o por lo complejas. Por ello, la recopilación léxica es característicamente quehacer de prácticos y aficionados a las cosas del lenguaje, que simplemente no se plantean cuestiones de principios y proceden a la acción directa según técnicas ancestrales y de fruto conocido; ellos mantienen viva la tradición del diccionario y de los materiales fundamentales que lo constituyen, que pasan de uno a otro en una corriente libresca y muchas veces artificial.

Bien lo sabe un filólogo del prestigio de Morínigo, que presenta su *Diccionario manual de americanismos* dejando claramente establecidos en el prólogo los caracteres de su intervención en la empresa: depuración de los testimonios, selección del material (cf., p. 13). Es la alternativa, frente a una faena imposible, cual sería proceder a un levantamiento sistemático y metodológicamente uniforme del campo. Se ve, pues —y Morínigo se apresura a sentarlo (pp. 12-13)—, cuánto depende él de sus fuentes, sus predecesores, que constituyen, en rigor, un conjunto heterogéneo y multi-forme, no por disparidad de propósitos —de alguna manera, todos han querido recoger americanismos— sino por la anarquía metodológica y